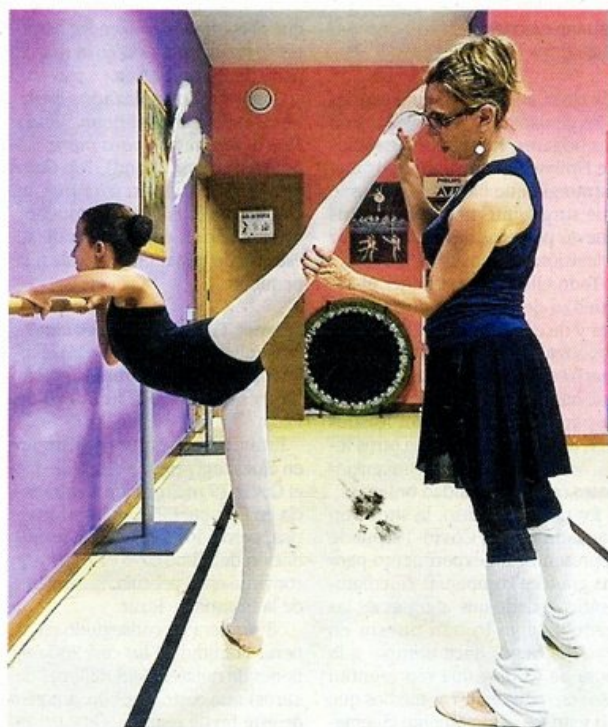




Elena Alcalá en una de sus clases en la Escola Giselle. FOTO: CEDIDA

necesidades te abren puertas. Nadie quiere esta situación, pero me gusta ver cómo la gente se adapta. Y si toca hacer un solo forzado, bienvenido sea. A ver qué sale», señala optimista. Entre ese adaptarse, el tortosino incide en la solidaridad que se ha desplegado en las redes sociales. Él, por su parte, con su equipo, ha publicado obras «que había mucha gente que no había visto».

Mientras, el reusense Héctor Tarro está viviendo una situación similar en el país europeo más castigado por la pandemia, Italia. Es allí donde trabaja con la com-

El reusense Héctor Tarro lleva más de un mes confinado en Siena, Italia, donde reside

pañía Ateneo della Danza-cia. Balletto di Siena, ciudad donde lleva confinado más de un mes. «Justamente teníamos que actuar en el Centre Cultural de Valls, donde representábamos la *Dolce Vita*, de Federico Fellini. En aquel momento empezaron a cerrar escuelas, locales... Y por seguridad no viajamos», explica Héctor. En estos momentos de inactividad o actividad muy moderada, los miembros de la compañía, a través de la cuenta de Instagram, explican su día a día. «Improvizamos, mostramos recuerdos de otros espectáculos y así al menos la gente no deja de ver danza», indica el reusense, quien ve con preocupación el futuro más cercano. «Todos los teatros y los cines están cerrados

y es una cosa que entendemos. Pero tanto a nivel económico como artísticamente, lo vemos un poco negro. Y como además es una parada mundial, ¿de qué manera puede la gente ver tu trabajo y disfrutar con él?», se pregunta. El baile y las clases online le ocupan parte de la jornada. «Intentamos que la danza no se pare y que todo el mundo esté entretenido en su día a día».

Precisamente Héctor coincidió en febrero en Florencia con la cambrilense Elena Alcalá el pasado febrero, en una feria de la danza. Elena es bailarina y propietaria de la Escola De Dansa Estudi Giselle. Como profesora ve el confinamiento desde otra perspectiva, con un elevado grado de empatía hacia las familias de sus alumnos y alumnas. «Las clases con los más mayores son para mantener la forma física, pero con los pequeños es muy complicado. Les mandamos trabajos vía WhatsApp, más que nada para que no se desvinculen. No son clases online propiamente dichas y, de hecho, el mes de abril no hemos cobrado cuota», subraya Elena. «Las clases que se han suspendido las intentaremos recuperar. Pero a nivel emocional, los más pequeños son como nuestros propios hijos, pasamos muchas horas con ellos, compartimos muchas cosas... Y a través de la pantalla se siente frialdad». Sin embargo, continúan moviéndose, «así somos los bailarines, no podemos parar y sabemos que ese momento que conectamos con los alumnos se distraen y dejan de lado las preocupaciones que se puedan respirar en casa», concluye.